

ACERCA DE LA MUJER (TRISTANA): EL GALDÓS DE MARÍA ZAMBRANO

Juana Sánchez-Gey Venegas

Ricardo Gullón sostiene que: «En Tristana no se vislumbra una tesis, ni voluntad de probar, ni manipulación autorial del personaje»¹; sin embargo, María Zambrano afirma que «Está en ella, en Tristana, la paradoja intelectual casi de la obra de Galdós»² y aún más: «Es, entre todas las novelas de Galdós —me permito decirlo— una de las más originales, preciosa casi, mimada por su creador»³.

El motivo de este mimo se debe a que Tristana muestra con claridad uno de los temas más queridos por Galdós y María Zambrano: los sueños y el tiempo. El porqué de esta querencia tiene un nombre: la revelación. Esta es la más peculiar de las formas humanas de ver y de conocer: «El resto es, puede ser, conocimiento; más de otra especie»⁴.

Para María Zambrano esta novela muestra un Galdós que, además de gran conocedor del alma femenina —como se repite insistentemente— y del alma, da razón de la lucha de una mujer; o mejor, de una criatura, por su liberación.

El modo no es iluso, como se ha dicho, ni pueril o fantasioso. Es la convicción de que la verdad existe y todo el ser es su caja de resonancia. Los sueños son su anuncio y, como Lázaro, sólo esperan la voz del Amor para echar a andar. Y si alguien creyera que las muletas de Tristana no eran el instrumento más conveniente para emprender camino alguno, será más bien que no habrá caído en la cuenta de que el Amor, como la paloma kantiana, no camina, vuela. Sus alas son para Tristana el despertar al pensamiento, como la vía propiciadora de espacios sin fronteras; y el arte, sede de la creatividad, de la voluntad, que lleva a poner en acto los más hondos deseos, a realizarlos, según su profundo sentido, es decir, a izar la realidad donde cada uno la crea.

¹ PÉREZ GALDÓS, B., *Tristana*. Alianza, Madrid, 1992. Prólogo.

² ZAMBRANO, M., *La España de Galdós*. Endymión, Madrid, 1989, pág. 176.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*, pág. 24.

En la revelación se conoce el objeto y su horizonte, lugar privilegiado, que llena de vida aquello mismo que se aprende. La crítica de Galdós y de María Zambrano al conocimiento formalista es debida a que ambos han saboreado el saber que se adquiere por revelación. Y la peculiaridad de éste no es el tema, sino el modo de acercamiento.

En dicho conocer no está vivo sólo el objeto, también el sujeto se vivifica y queda transformado. Por el contrario, el saber que no transforma, la cultura que no ilumina, la experiencia que no enriquece, no es más que pseudoinformación que de nada sirve. Aún más, la revelación entrega un don moral: el compromiso, la decisión. En efecto, las cosas dejan de ser sólo objetos para ser realidades vivas, que obligan a una aventura y llenan de plenitud los instantes.

Así María Zambrano dice que Galdós está del lado de la razón poética. Y ésta cae junto a la pasión. Ella acompaña el vivir de la realidad, el misterio que está dentro de la materia y que hace sentir y revivir lo que tienes y a lo que aspiras. Porque vivir no es un sumar sucesos; en la vida hay siempre algo inverosímil, una atmósfera que parece no real y que, al serlo, trae a la memoria sueños presentidos, hilo explicativo de lo que está acaciendo.

Y hay secretos que un día serán revelados. Misterios más allá de la verdad de ahora, que si por alguien son declarados pasan por mentiras. Y así, nuestros sueños, nuestras esperanzas, pueden transformar la mentira en verdad, pueden creer verdades, «hay verdades que han sido primero mentiras»⁵.

Tristana se descubre real en sus sueños y vislumbra tenue, pero con firmeza, el camino que debe emprender y que lleva en su interior, meta de las aspiraciones que están en su corazón desde siempre, que reconoce como suyas, como lo más propio de sí misma. Ahora lo percibe porque la realidad se impone siempre, tarde o temprano; se presenta y se revela.

Y es que la realidad necesita ser descubierta cada día. «Vivir es buscar la realidad, perseguirla, hasta pordiosearla»⁶. La realidad vive gracias a los sueños. Vivimos, en primer lugar, ensoñándonos y luego tocamos lo real que habíamos presentido; por esta razón dirá María Zambrano que la realidad vive de algo. Lo real se nos aproxima gracias al amor, amor-pasión, emoción que llena de contenido lo que es porque hay un alguien que así lo percibe. Después se da el reconocimiento.

Galdós expone dicho reconocimiento en la novela y María Zambrano, desde la filosofía, medita acerca de este género literario. La novela, como ningún otro, conforma la interpretación teórica a las vivencias y se ciñe a dicha explicación, que resulta tan cotidiana como lírica. Esta es la hondura de la vida: sueño-revelación en el tiempo.

⁵ *Ibidem*, pág. 137.

⁶ *Ibidem*, pág. 75.

La Filosofía, personalismo, razón vital, existencialismo, intenta ensanchar el horizonte de la conciencia y del pensamiento para dar cabida a la integridad del hombre, es decir, al hombre que se sueña e inventa a sí mismo. Si logra el intento, la novela no comportará una condenación, será el punto en que coinciden Filosofía y Poesía⁷.

EL AMOR: CREADOR DE CONCIENCIA

Tristana descubre la peculiaridad del amor: Horacio «la miraba enteramente» y ella se sentía confortada, dispuesta a su realización. Tristana vivió sin realidad hasta que vio a Horacio. La realidad estaba allí, pero no había sido descubierta, porque si el amor requiere conocimiento, es ante todo generador de sabiduría.

... el amor es el elemento, por así decir, de trascendencia humana; primeramente fecundo, seguidamente, si persiste, creador. Creador de vida, de luz, de conciencia⁸.

El contenido deslumbrador que se produce en el despertar de Tristana es, pues, el amor. Hasta entonces había estado dormida, en una adolescencia inmadura, en la que no tenía acceso ni tan siquiera al tiempo y la rutina era el único huésped de su alma deshabitada.

Tristana no tiene ni tan siquiera acceso a su pasado, pues lo que le pasó le ha cerrado el porvenir y sigue estando ya ahí sin pasar⁹.

Al despertar descubre el tiempo y entonces vendrán las razones, los porqués que explican dónde estamos y se cae en la cuenta de hacia dónde vamos. El amor realiza, y entonces se concibe la vida como un proyecto que hay que acometer y que se entraña con la vida: «Quien no tiene pasión no puede ni quiere tener razón»¹⁰. Por esto, el amor nos reconcilia con el pasado y con nosotros mismos. Nos unifica. Y esta concordia será la fuerza que impulsa el proyecto de vida, porque el amor es explicación que da sentido al presente y enlaza el futuro con el pasado

... pues que todo amor, aunque no sea de casarse, se inicia como ritualmente con una invocación a los antepasados y a la tierra natal y al alba de la vida¹¹.

Tristana y Horacio se vieron y al verse en el amor, reviven. Revivir es exponerse su origen. Por esto Horacio le dice que al verla ha encontrado su patria. Esto es, tratan de exponerse su origen y hablan de sus vidas

⁷ ZAMBRANO, M., *España, Sueño y Verdad*. Edhasa, Barcelona, 1965, pág.32.

⁸ ZAMBRANO, M., *La Tumba de Antígona*. Mondadori, Madrid, 1989, pág. 20.

⁹ ZAMBRANO, M., *La España de Galdós, op. cit.*, pág. 152.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 99.

¹¹ *Ibidem*, pág. 162.

hasta la saciedad, para decirse quiénes son, puesto que ahora, gracias al amor, descubren la explicación de sus vidas. «Sólo el amor tiene acceso a ese oscuro centro de la luz viviente»¹². Galdós describe así el encuentro entre Tristana y Horacio.

Fue Tristana en su busca; ... y al cruzarse su mirada con la de aquel sujeto, pues en ambos el verse y el mirarse fueron una acción sola, sintió una sacudida interna, ...¹³.

La mirada en el amor no sólo es ver sino verse; en los ojos del amado se descubre un saber que contiene un horizonte y en él se encuentra la realidad presentida, nunca perfectamente acabada, que tiene por fin alguien que la acoge y en quien recogerse.

Pues que decisivo en el amor es el ver, el verse, verse a sí mismo en otro, el ver a ese otro en sí mismo, sí a ello se llega, el verlo en otro medio que en el común, el verlo más allá y más alto y más hondo, en otra luz nítida y viviente. El ver del amor es el ver de la revelación¹⁴.

En efecto, se vieron, y como el amor es fuente de conciencia, crearon proyectos de vida. Pero tal vez en ambos surgieron proyectos distintos.

EL DESPERTAR DEL PENSAMIENTO

Galdós traza con indudable acierto la línea divisoria entre los corazones de Tristana y Horacio. Aunque, como relata Ricardo Gullón, Emilia Pardo Bazán se considere frustrada al creer que Galdós no trata acertadamente «la esclavitud moral de la mujer»¹⁵; sin embargo, creemos que Galdós expone con fina sensibilidad el despertar del pensamiento en Tristana y su cruda lucha por autenticar su realidad personal.

En primer lugar, habría que decir que, a pesar de las ataduras de Tristana desde su mocedad, Galdós toca su alma que siente y que piensa en libertad. María Zambrano dice que «en Tristana resuena la paradoja de don Benito Pérez Galdós. ¿Quién era Galdós?»¹⁶. En efecto, Tristana, tal vez también don Benito, hubo de padecer su afán de independencia, su ansia de libertad, su escepticismo ante el matrimonio, que le hacía sentirse obligada y no libre. María Zambrano lo reitera: «Se dio a querer ser alguien, y a querer hacer algo para ello»¹⁷. Así, el sentimiento por ser libre se aviva en Tristana, claro y contundente.

¹² *Ibidem*, pág. 163.

¹³ PÉREZ GALDÓS, B., *Tristana*, op. cit., pág. 40.

¹⁴ ZAMBRANO, M., *La España de Galdós*, op. cit., pág. 160.

¹⁵ PÉREZ GALDÓS, B., *Tristana*, op. cit. Prólogo.

¹⁶ ZAMBRANO, M., *La España de Galdós*, op. cit., pág. 176.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 158.

El despertar de Tristana a la independencia es fruto sazonado del amor que siente por Horacio. Este, sin embargo, no concibe más proyectos que el dejarse arrebatar por la vida: casarse. Tanto Galdós como María Zambrano describen con detenimiento el doble y hasta antinómico proyecto de ambos, porque si es importante que el amor despierte conciencia, lo productivo será la asunción de tales proyectos. Por una parte, Tristana se ha puesto manos a la obra y estudia inglés, y lee a Shakespeare: «Y lo mismo le hincó el diente a un tomo de Historia que a un tratado de Filosofía»¹⁸. Y no sólo son planes intelectuales, los de Tristana serán también certidumbres acerca de su destino personal.

El problema de mi vida me anonada más cuanto más pienso en él. Quiero ser algo en el mundo, cultivar un arte, vivir de mí misma. El desaliento me abruma. ¿Será verdad, Dios mío, que pretendo un imposible? Quiero tener una profesión, y no sirvo para nada, ni sé nada de cosa alguna. Esto es horrendo¹⁹.

Galdós propone esta lucha social desde Tristana y desde Horacio, sólo que éste tiene un papel meramente pasivo; sucede, por tanto, que ambos la perciben de modo diferente. María Zambrano apuesta decididamente por el novelista.

Galdós es el primer escritor español que introduce a todo riesgo la mujeres en su mundo. Las mujeres, múltiples y diversas; las mujeres reales y distintas, «ontológicamente» iguales al varón²⁰.

Tristana, qué duda cabe, es trasunto de un hondo sentimiento social de su época: una mujer atada que ni la Revolución de 1868 logró liberar de sus cadenas. Y aunque, al fin, Tristana ha de optar por el matrimonio con don Lope, Galdós se encarga de hacernos ver que está más allá de esta componenda. La libertad de Tristana, pues, no reside en las circunstancias que rodean su destino, sino en la conciencia clara y cierta de que tiene una misión que cumplir, aunque ésta se le desbarate.

Pues que la realidad verdadera se encuentra en una ascensión, no en una brega²¹.

Aunque brega fue, claro está, la lucha de Tristana por su libertad. En este sentido, como hemos dicho, no estamos de acuerdo con las críticas de la Pardo Bazán, ni tampoco con las manifestadas por Carmen Bravo Villasante puesto que en ningún momento nos parece Tristana «una parodia del feminismo y el mayor alegato novelesco en contra de las teorías de la emancipación femenina»²². Nos parece más lúcida e incisiva la

¹⁸ PÉREZ GALDÓS, B., *Tristana*, op. cit., pág. 112.

¹⁹ *Ibidem*, pág. 104.

²⁰ ZAMBRANO, M., *La España de Galdós*, op. cit., pág. 188.

²¹ *Ibidem*, pág. 168.

²² BRAVO VILLASANTE, C., *Galdós*. Mondadori, Madrid, 1988, págs. 87 y ss.

interpretación de María Zambrano que encuentra en Tristana un Galdós «infinito, inacabable, hermético y dador»²³, como también era su personaje: la Srta. de Reluz. Que no pudiera cumplir su destino es otra cosa, pero no era ilusa, aunque sí era improbable el proyecto liberador en su época porque, en efecto, la libertad sentida por Tristana es inabarcable. Así se descubre en eterno estado de dádiva, que quiere entregarse, sin ataduras ni compromisos que le obliguen. Libertad que no tiene que ver con las cadenas que le atan a don Lope, ni con las que ella misma se ató a Horacio, o, por fin, con las que le atan a unas muletas que no son más que circunstancias de este mundo y de las que ella en su corazón se siente liberada.

Pues que solamente la libertad, cuando se acerca, hace visible la esclavitud²⁴.

Este es el Galdós de María Zambrano. Por esta razón, resulta tan difícil admitir que Tristana no sea un canto a la liberación de la mujer. En efecto, Galdós manifiesta su preocupación social por este condicionamiento y Tristana responde con resolución. Que el destino discurra por otros derroteros es otro asunto, pero el dolor sereno de Tristana, como una nueva Antígona, deja claro por dónde deberían ir las soluciones.

LA TRAGEDIA VIVENCIAL: EL ARTE.

Este mundo de la novela galdosiana más que de novela es de tragedia; de la tragedia de la individualidad²⁵.

Tragedia que se hace más intensa si el canto a la individualidad es exaltado por una mujer. Contradicción que se percibe con dolor, y así sucede que cuanto más individual, más se nota la carga de las dependencias. Por esto, Tristana, sin querer, queriendo, mastica su tragedia y le pesa su individualidad, se siente distinta.

Lo que he pensado de mí, estudiándome mucho, porque yo me estudio, ¿sabes?, es que sirvo, que podré servir para las cosas grandes; pero que decididamente no sirvo para las pequeñas²⁶.

Si Tristana despierta al pensamiento podría decirse que el aldabonazo se lo da el arte. La vida le viene de la mano del arte que le descubre espacios vitales: «y comprendí que el alma de la forma era el sueño»²⁷. Tristana asciende a la realidad verdadera y plenifica el sentido de su

²³ ZAMBRANO, M., *La España de Galdós*, op. cit., pág. 177.

²⁴ ZAMBRANO, M., *La Tumba de Anágon*, op. cit., pág. 37.

²⁵ ZAMBRANO, M., *La España de Galdós*, op. cit., pág. 192.

²⁶ PÉREZ GALDÓS, B., *Tristana*, op. cit., pág. 94.

²⁷ ANDRÉS RUIZ, E., «La pintura según María Zambrano». *CYAN*, núm. 19, febrero-marzo, 1991.

vida». Vivir es un equilibrio entre el anhelo oscuro y la imagen que se vislumbra solamente». Así Tristana va decidiendo. Observa que el arte le humaniza: acude a la pintura, a la poesía y, por fin, a la música. Estas artes producen en ella una visión clarificadora, le conceden humanidad y el estar ávidamente inquieta.

La conjunción de los dos sentimientos es su humanarse, lo cual no está exento de un ensimismarse y un enajenarse. La realidad que percibe en plenitud le obliga a abandonar su origen, que fue pobre y alicorto. Ahora Horacio le estorba, pero en su ansia de comunicación le necesita y entonces Tristana lo recrea. Así le dice en una de sus cartas a Horacio, cuando la cojera empieza ya a apuntar.

Yo te engrandezco con mi imaginación cuanto quieres achicarte, y te vuelvo bonito cuando te empeñas en ponerte feo, abandonando tu arte sublime para cultivar rábanos y calabazas. No te opongas a mi deseo, no desvanezas mi ilusión; te quiero grande hombre y me saldré con la mía ²⁸.

Sin embargo, Horacio, que no ha sufrido transformación alguna, reconoce su propia cortedad de miras y la asume. Por el contrario, Tristana tras esta vivencia de auténtica catarsis, está dispuesta para la más íntima reconciliación consigo misma. De aquí que llegue al silencio, donde transformación y plenitud se funden. La reivindicación galdosiana queda clara, también la insatisfacción posterior de Tristana, y su apocamiento ante esta realidad cansina que esquivo y falsea.

Tal vez Tristana padezca el dolor de su invalidez como la convicción de que el sueño no produce seguridades y sea, en fin, ese carácter provisorio el único que ofrece paz, porque le permite profundizar en lo que es y lo que quiere ser. Por esto, el final es oración, como en la obra zambrana de *Los sueños y el tiempo*. Tristana se rinde ante la evidencia y atesora la realidad en su regazo. Ya no le interesa ser entendida ni aceptada; ha traspasado ese lindero y, allí donde no hay más que una casa y un jardín con gallinas —en que algunos verían, como dice María Zambrano, la vulgaridad galdosiana— Tristana recupera su ser: tiene una concepción mucho más equilibrada del lugar que debe ocupar cada cual en el orden natural.

²⁸ PÉREZ GALDÓS, B., *Tristana*, op. cit., pág. 130.

